

JESUCRISTO

de Karl Adam

POR MIGUEL ANGEL FIORITO, S. I. (San Miguel)

De todas las obras de Karl Adam, su *Jesucristo* es, junto con la *Esencia del Cristianismo*, la que mayor trascendencia ha tenido¹.

La razón de esta trascendencia es la perenne actualidad del tema, Jesucristo y su Iglesia. Sobre todo en nuestros días, pues, como dice muy bien Ch. Moeller, "el mundo moderno busca un Dios personal y viviente. El Dios que le preocupa es un actor, el más formidable y desconcertante sin duda, pero el más real de los que intervienen en el juego; así se explica tanto el odio terrible que suscita contra El, como los heroísmos que se hacen en su servicio. En el cruce de las dos alternativas posibles, la creyente o la atea, lo que se niega o afirma no es el Dios de los filósofos ni el de los sabios de este mundo, sino el de Abraham, Isaac y Jacob, el Dios viviente. En último término (notemos bien esta frase, que hace precisamente a nuestro propósito) se entreeve que el problema actual, el sentido moderno de Dios, podría muy bien anunciarse como el problema de Jesucristo, el sentido de Jesucristo. Y el resurgimiento actual del cristianismo apunta a su centro, el *Hombre Dios*: el corazón de este resurgimiento es, en efecto, una realidad trascendente y verdadera, pero encarnada en el tiempo; personal, y que nos llama, comprometiéndose El mismo en la aventura del hombre"².

Pero esta actualidad innegable del tema de Jesucristo, no actualizaría solamente el libro de Karl Adam, sino también las obras similares de Guardini, Guitton... y de tantos otros que se podrían citar. Por eso, en nuestro comentario sobre el *Jesucristo* de Karl Adam, no podemos contentarnos con señalar esa actualidad global de su tema, sino que tenemos necesidad de estudiarlo más de cerca. Y al hacerlo, hemos podido constatar una coincidencia notable entre su contenido, y lo que se ha venido a llamar el *kerigma de Jesucristo*, tal cual lo proponen los autores que forman parte del movimiento llamado kerigmático. Coincidencia tanto más notable, cuanto que la obra de Karl Adam se publicó

¹ K. ADAM, *Jesucristo*. Herder, Barcelona-Buenos Aires. 1957. Para tener la bibliografía completa de nuestro autor, cfr. *Abhandlungen über Theologie und Kirche* (Festschrift für Karl Adam), Patmos Verlag, Düsseldorf, 1952, pp. 319-320. El juicio con que encabezamos nuestro comentario es el mismo que hacen sus amigos y discípulos, cfr. *ibid.*, p. 7.

² CH. MOELLER, *Mentalité moderne et évangélisation*. Edit. Lumen Vitae, Bruxelles, 1955, pp. 22-23.

Con la obediencia de Cristo hasta la muerte, es quebrantada la tiranía del demonio, con ella fueron liberados todos los hombres de los lazos del pecado. Del Corazón del Señor, herido por nuestros pecados, fluyen los raudales de la vida que llenarán la eterna ciudad de Dios, y que llenan ahora la Iglesia. La muerte de Jesús tiene un carácter sacrificial, que se explica mediante la comparación con los sacrificios del Antiguo Testamento: los conceptos cultuales de sacrificio, ofrecimiento, adoración, sacerdotio y víctima, tienen su relación con el sacrificio de la misa.

Volvamos al mismo Cristo: el Señor está aún en brazos de la muerte, pero su cuerpo queda preservado de la corrupción, y con eso se anuncia ya el comienzo de su gloria.

La muerte del Señor constituye el centro de la redención. Pero hasta su resurrección no se manifestará el fruto de la redención. Sin la resurrección sería vana nuestra predicación y nuestra fe (I Cor., 15, 14). Por eso, los apóstoles tienen que anunciar sobre todo la resurrección del Señor (Act. 1, 22). La Iglesia vive del mensaje y jubilo de la Pascua. La fiesta del domingo está determinada por el misterio del resuscitado.

La gloria del resuscitado tiene también su importancia para nosotros: aquí se menciona no sólo vida eterna, sino también el bautismo, en el que ya ahora resucitamos con Cristo a una nueva vida. El mensaje de la resurrección necesita de una base apologetica: no sólo el testimonio de los apóstoles, sino también la vida ininterrumpida de la Iglesia, nos dan la seguridad de que Cristo vive y reina.

A continuación se trata de la ascensión del Señor a los cielos: ésta, lo mismo que la Resurrección, tiene importancia, no sólo para El, sino también para nosotros. El nos ha precedido para prepararnos una morada. La Ascensión no constituyó el fin de su obra, sino el advenimiento al trono, etapa de su Reino. La figura del Señor en su trono debe grabarse indeliblemente en nuestras mentes: para nosotros, Jesús no debe consistir en una figura del pasado, en un mero fundador de una religión, sino que ha de ser, como lo fue para San Pablo, el Señor con plenitud de vida y de poder, que vive en su Iglesia, como Maestro, Sacerdote y Pastor.

Cristo es el Señor del futuro, cuya segunda venida anhela la Iglesia. El haría comparecer también ante su tribunal a los poderosos de este mundo. Su sentencia será definitiva.

La imagen final de Cristo no es la del niño en un pesebre, ni el varón de dolores, sino el Soberano de la gloria. Pero aún considerado como el Exceiso, intronizado en su gloria, Cristo sigue siendo nuestro Mediador: todo lo que está sometido, para que El lo someta todo al Padre, a fin de que Dios sea todo en todas las cosas (I Cor., 15, 28).

Estos, a grandes rasgos, el mensaje del *Catecismo Católico*¹⁴, concentrado

¹⁴ Cfr. H. FISCHER, *Introducción al Catecismo católico*. Herder, Barcelona-Buenos Aires, 1957, pp. 77-82.

alrededor del misterio de Cristo —mirado éste desde el punto de su divinidad—, y constituyendo un todo orgánico.

El *Catecismo Católico* es pues un modelo de mensaje kerigmático. Y si, en la rápida enumeración que hemos hecho de sus lecciones, caemos en la cuenta de que, en sus líneas esenciales, este mensaje se reduce a estos tres puntos fundamentales: *la imagen viva de Cristo que nos ofrece; el lugar que ocupa, en la vida de Cristo, la Encarnación; y el sentido total de su obra de redención*, veremos que el mensaje del *Catecismo Católico* coincide, en estos tres puntos, con el kerigma contenido en el símbolo de los Apóstoles¹⁵.

El *Catecismo católico* no sólo ofrece un concepto de Cristo, sino también una *imagen viva de Cristo*: Cristo, Hijo de Dios, nuestro Señor y maestro, tal cual en otro tiempo hablaba a los Apóstoles, tal como ahora reina en el cielo, el Supremo Señor en la plenitud de su autoridad humana y divina. Es el Kyrios, a quien invocamos en el principio de la misa, el Soberano que desde los ábsides de las antiguas iglesias contempla a sus fieles. Esta imagen de Cristo es la primera que pone ante nuestra vista el símbolo de los Apóstoles: *Creo... en Jesús*, su único Hijo, nuestro Señor.

Después del Kyrios de la gloria y gracia, el *Catecismo católico* nos muestra al Niño en el pesebre, en el cual no sólo debemos ver a una criatura encarnada, sino al prometido Rey de las Naciones. La fiesta de Navidad no debe ocultarnos la imagen del Kyrios: ese Niño es el Señor de los cielos, el cual en ese día está también entre nosotros para celebrar con nosotros el recuerdo de su nacimiento.

Contemplando *la Encarnación*, se profundiza, y se desarrolla en sus verdaderas dimensiones, que son las divinas, el misterio de Cristo. La Encarnación nos muestra que Cristo existía antes de todos los tiempos, estaba en el Padre. De este modo se expresa la interna relación trinitaria respecto del Padre, y la identidad de esencia con El: la segunda de las divinas Personas ha tomado una naturaleza humana; Jesús es verdadero Dios y verdadero Hombre. Por eso el símbolo de los Apóstoles nos conduce del presente al pasado, y nos dice: *Jesús*... fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de Santa María Virgen.

En las lecciones referentes a la Resurrección, Ascensión, reinado en los cielos y segunda venida del Señor, queda redondeada la imagen de Cristo. El centro de la obra de Cristo es la redención, y su giro decisivo es la resurrección.

Así se forma la imagen mayestática del Kyrios, que ha vencido al pecado, al dolor y a la muerte, y reina sobre la Iglesia y sobre sus fieles, en espera del momento en que ha de volver con toda su gloria. Por eso el símbolo de los Apóstoles nos traslada del Nacimiento a la vida pública, cuando nos dice: *Jesús*... fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, resucitó de entre los muertos, subió a los cielos, está sentado a la diestra de Dios Padre, desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos.

¹⁵ *Ibid.*, p. 25.

Vamos a tomar, como ejemplo de esta unidad orgánica y cristocéntrica, una obra típica del movimiento kerigmático: el *Catecismo católico* de los Obispos alemanes 13.

Su título de *catecismo* no nos debe engañar, haciéndonos pensar que es cosa de chicos: es un término técnico, que significa una realidad que prescinde de la edad corporal, y mira a la *edad en Cristo* de aquel a quien se catequiza. Y, en Cristo, todos tenemos que hacernos como niños, y necesitamos de la catequesis de nuestra Madre la Iglesia.

En todas las lecciones del Catecismo Católico se pone de manifiesto que Cristo es *el centro de su mensaje*: El nos trae la fe, El nos da la vida, El nos muestra el camino.

La doctrina de Dios, contenida bajo los textos intuitivos del Antiguo Testamento, es el mismo mensaje que Cristo nos ha dado, en el Nuevo, acerca de Dios.

La doctrina sobre Cristo nos ofrece una imagen de su persona y de su obra. La doctrina sobre la Iglesia, dada por el mismo Cristo, nos muestra cómo Cristo sigue estando en su Iglesia, y sigue obrando en ella, en la infalibilidad de su doctrina, en su culto divino, en sus sacramentos, y en su cura de almas: ella es su Cuerpo. Los efectos de cada uno de los sacramentos se deben a Cristo. En el bautismo, nos hacemos hermanos de Cristo: por eso nuestra fe es fe en Cristo, nuestra esperanza se funda en Cristo, y nuestra caridad ve a Cristo en nuestros prójimos. Nuestra vida es imitación de Cristo. En relación con las cosas creadas, aparece continuamente su ejemplo ante nuestros ojos.

Cristo, en fin, juzgará, y renovará el mundo visible.

La doctrina acerca del mismo Cristo constituye el núcleo orgánico de toda la doctrina del Catecismo Católico: veámosla en detalle.

Empieza con una imagen viva e impresionante de *Cristo, nuestro Señor*. La introducción nos recuerda el bautismo de Jesús. Como Cristo, acreditado solemnemente por el Padre, está entre el pueblo anheloso de salvación, así está en medio de la Iglesia que, en su fe, le reconoce como a su Señor.

La doctrina acerca de Cristo nos dice, pues, no sólo lo que Cristo hizo un día, sino, al mismo tiempo, lo que hace en su Iglesia. De este modo, nos conduce no sólo a un conocimiento más profundo de Cristo, sino también a una relación más viva con él.

Cristo anuncia el mensaje de los mensajes: los siglos del anhelo y de la expectación han pasado, el prometido Reino de Dios está cerca. Vemos al Señor caminar por la tierra como mensajero del Padre. Nos maravillamos ante las señales con que se anuncia el advenimiento del Reino: ya son curados los enfermos, los hambrientos son saciados, los demonios son derrotados, y hasta los muertos resucitan.

13 CATECISMO CATÓLICO, versión y adaptación del *Katholischer Katechismus der Bistümer Deutschlands*. Herder, Barcelona-Buenos Aires, 1957, Cfr. C y F, 13 (1957), pp. 220-229.

Lo que Jesús ha anunciado, lo desarrolla en sus predicaciones: El es también nuestro Maestro, porque es la Verdad eterna.

En las palabras y obras del Señor se percibe la intimidad de su alma: El es, no sólo nuestro Maestro, sino también nuestro modelo y guía. Lo que El dice, lo cumple en su vida diaria, y ciertamente no lo hace, en primer lugar, para darnos un ejemplo, sino porque así place al Padre celestial (Mat., 11,26).

Por esto, hay que hablar de su íntima relación con el Padre: vive enteramente para su Padre celestial. Es de fundamental importancia para nuestra vida cristiana, contemplar a nuestro Señor y ver cómo piensa en el Padre, le da gracias por todo, y cumple todos sus deseos porque ama al Padre con todo su corazón.

Cristo es también nuestro Salvador: El ama, no solamente al Padre, sino también a los hombres. Y se interesa de un modo especial por los necesitados. Su amor es como el amor del Padre, un amor que dona, que salva y que crea.

¿Quién es éste que impera sobre la muerte, que es completamente veraz, completamente santo, completamente bueno? Nuestra fe lo sabe, y el mismo Señor, los apóstoles, y la Iglesia nos lo confirman una y otra vez: es el Hijo de Dios, verdadero Dios como el Padre.

En la doctrina acerca de la Encarnación se ahonda en este conocimiento: el Hijo está en el Padre desde toda la eternidad. Por amor a nosotros se hizo hombre. Ahora es un hombre igual que nosotros, con carne y sangre, cuerpo y alma, entendimiento y voluntad, pensamiento y sentimientos. Y con todo, es al mismo tiempo, verdadero Dios. Se ha hecho como uno de nosotros, con objeto de mostrarnos el camino que conduce al Padre. Tiene una Madre humana, que es la más santa de todas las mujeres.

Y, ¿cómo respondieron los hombres a la Encarnación del Hijo de Dios? Ante todo hay que considerar la actitud de los hombres que condenan a muerte al Hijo de Dios. En ella se trata del oscuro misterio del pecado: en ninguna parte se muestra, tan intenso como aquí, ya que el hombre no sólo no se detiene ante el fruto prohibido, sino que no teme poner sus manos en el Hijo del Dios vivo. Tampoco en parte alguna nos dolemos tanto como aquí del pecado, y de la debilidad de los buenos, ya que hiere en el corazón del Señor en su Pasión. Pero en el pecado de los apóstoles sentimos también nuestro propio pecado y nuestra debilidad, que también han contribuido a la Pasión del Señor. De esta manera, con la consideración de la Cruz, reconocemos vivamente nuestra culpa y, con ello, la necesidad de ser redimidos. Necesitamos de la Redención, no sólo porque Adán pecó y nos transmitió por herencia su culpa, sino también porque nosotros mismos pecamos cada día.

La Pasión redentora del Señor es la antítesis del crimen monstruoso de los hombres. Jesús acepta la muerte que los hombres le dan, con claro conocimiento, con la más libre decisión, y con ello consuma su obediencia respecto del Padre, y su amor hacia nosotros, hombres pecadores. La obediencia respecto del Padre, y el amor hacia los hombres, son precisamente la postura fundamental de la Iglesia, y de toda vida cristiana.

Con la obediencia de Cristo hasta la muerte, es quebrantada la tiranía del demonio, con ella fueron libertados todos los hombres de los lazos del pecado.

Del Corazón del Señor, herido por nuestros pecados, fluyen los raudales de la vida que llenarán la eterna ciudad de Dios, y que llenan ahora la Iglesia.

La muerte de Jesús tiene un carácter sacrificial, que se explica mediante la comparación con los sacrificios del Antiguo Testamento: los conceptos culturales de sacrificio, ofrecimiento, adoración, sacerdote y víctima, tienen su relación con el sacrificio de la misa.

Volvamos al mismo Cristo: el Señor está aún en brazos de la muerte, pero su cuerpo queda preservado de la corrupción, y con eso se anuncia ya el comienzo de su gloria.

La muerte del Señor constituye el centro de la redención. Pero hasta su resurrección no se manifestará el fruto de la redención. Sin la resurrección sería vana nuestra predicación y nuestra fe (I Cor., 15, 14). Por eso, los apóstoles tienen que anunciar sobre todo la resurrección del Señor (Act. 1,22). La Iglesia vive del mensaje y júbilo de la Pascua. La fiesta del domingo está determinada por el misterio del resucitado.

La gloria del resucitado tiene también su importancia para nosotros: aquí se menciona no sólo vida eterna, sino también el bautismo, en el que ya ahora resucitamos con Cristo a una nueva vida. El mensaje de la resurrección necesita de una base apológica: no sólo el testimonio de los apóstoles, sino también la vida ininterrumpida de la Iglesia, nos dan la seguridad de que Cristo vive y reina.

A continuación se trata de la ascensión del Señor a los cielos: ésta, lo mismo que la Resurrección, tiene importancia, no sólo para El, sino también para nosotros. El nos ha precedido para prepararnos una morada. La Ascensión no constituyó el fin de su obra, sino el advenimiento al trono, etapa de su Reino. La figura del Señor en su trono debe grabarse indeleblemente en nuestras mentes: para nosotros, Jesucristo no debe consistir en una figura del pasado, en un mero fundador de una religión, sino que ha de ser, como lo fué para San Pablo, el Señor con plenitud de vida y de poder, que vive en su Iglesia, como Maestro, Sacerdote y Pastor.

Cristo es el Señor del futuro, cuya segunda venida anhela la Iglesia. El hará comparecer también ante su tribunal a los poderosos de este mundo. Su sentencia será definitiva.

La imagen final de Cristo no es la del niño en un pesebre, ni el varón de dolores, sino el Soberano de la gloria. Pero aún considerado como el Excelso, intronizado en su gloria, Cristo sigue siendo nuestro Mediador: todo le está sometido, para que El lo someta todo al Padre, a fin de que Dios sea todo en todas las cosas (I Cor., 15, 28).

Este es, a grandes rasgos, el mensaje del *Catecismo Católico*¹⁴, concentrado

¹⁴ Cfr. H. FISCHER, *Introducción al Catecismo católico*. Herder, Barcelona-Buenos Aires, 1957, pp. 77-82.

alrededor del misterio de Cristo —mirado éste desde el punto de su divinidad—, y constituyendo un todo orgánico.

El *Catecismo Católico* es pues un modelo de mensaje kerigmático. Y si, en la rápida enumeración que hemos hecho de sus lecciones, caemos en la cuenta de que, en sus líneas esenciales, este mensaje se reduce a estos tres puntos fundamentales: la imagen viva de Cristo que nos ofrece; el lugar que ocupa, en la vida de Cristo, la Encarnación; y el sentido total de su obra de redención, veremos que el mensaje del *Catecismo Católico* coincide, en estos tres puntos, con el kerigma contenido en el símbolo de los Apóstoles¹⁵.

El *Catecismo católico* no sólo ofrece un concepto de Cristo, sino también una imagen viva de Cristo: Cristo, Hijo de Dios, nuestro Señor y maestro, tal cual en otro tiempo hablaba a los Apóstoles, tal como ahora reina en el cielo, el Supremo Señor en la plenitud de su autoridad humana y divina. Es el Kyrios, a quien invocamos en el principio de la misa, el Soberano que desde los ábsides de las antiguas iglesias contempla a sus fieles. Esta imagen de Cristo es la primera que pone ante nuestra vista el Símbolo de los Apóstoles: Creo... en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor.

Después del Kyrios de la gloria y gracia, el *Catecismo católico* nos muestra al Niño en el pesebre, en el cual no sólo debemos ver a una criatura encantadora, sino al prometido Rey de las Naciones. La fiesta de Navidad no debe ocultarnos la imagen del Kyrios: ese Niño es el Señor de los cielos, el cual en ese día está también entre nosotros para celebrar con nosotros el recuerdo de su nacimiento.

Contemplando la Encarnación, se profundiza, y se desarrolla en sus verdaderas dimensiones, que son las divinas, el misterio de Cristo. La Encarnación nos muestra que Cristo existía antes de todos los tiempos, estaba en el Padre. De este modo se expresa la interna relación trinitaria respecto del Padre, y la identidad de esencia con El: la segunda de las divinas Personas ha tomado una naturaleza humana; Jesucristo es verdadero Dios y verdadero Hombre. Por eso el Símbolo de los Apóstoles nos conduce del presente al pasado, y nos dice: Jesucristo... fué concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació en Santa María Virgen.

En las lecciones referentes a la Resurrección, Ascensión, reinado en los cielos y segunda venida del Señor, queda redondeada la imagen de Cristo. El centro de la obra de Cristo es la redención, y su giro decisivo es la resurrección.

Así se forma la imagen mayestática del Kyrios, que ha vencido al pecado, al dolor y a la muerte, y reina sobre la Iglesia y sobre sus fieles, en espera del momento en que ha de volver con toda su gloria. Por eso el Símbolo de los Apóstoles nos traslada del Nacimiento a la vida pública, cuando nos dice: Jesucristo... que nació... fué crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, resucitó de entre los muertos, subió a los cielos, está sentado a la diestra de Dios Padre, desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos.

¹⁵ *Ibid.*, p. 25.

Teniendo ante los ojos esta notable semejanza entre esta obra kerigmática de actualidad, el *Catecismo católico*, y el Símbolo de los Apóstoles, que fué el más primitivo kerigma cristiano¹⁶, nos será más fácil seguir adelante en nuestro comentario del *Jesucristo* de Karl Adam, y mostrar que en él se contiene el mismo Kerigma de Cristo.

El *capítulo primero* trata más bien, del hombre del siglo XX, a quien se ofrece este libro; y del cristianismo en sus líneas generales, escatologismo, sacramentalidad y sociabilidad.

El *capítulo segundo* trata de la fe: el *initium fidei* es la única actitud posible si se quiere entender a Cristo, si a éste se lo ha de mirar, como lo quiere la kerigmática, iluminado por su divinidad.

El *capítulo tercero* expone los argumentos históricos de esa divinidad. Son las fuentes de la vida de Jesús: los evangelios, tanto los sinópticos como el de Juan, las cartas de San Pablo, y los primeros documentos cristianos; pero también los documentos paganos y judíos.

Sobre estas dos bases, la fe sobrenatural, y la historia natural de los hechos, se apoya el misterio de Cristo, objeto de los capítulos siguientes. Pero el orden de exposición de esas dos bases, y su desarrollo, indican claramente que el punto de vista de Karl Adam es, como decíamos lo exigía la kerigmática, el de su divinidad.

El *capítulo cuarto* entra en materia, dándonos la fisonomía psíquica y mental de Cristo, y sus actitudes fundamentales. Pero, Karl Adam tiene buen cuidado de advertirlo al final de este largo y detallado capítulo, ninguna de esas actitudes de su fisonomía externa lo definen plenamente; para ello hay que estudiar el Jesús íntimo, el Jesús de las horas silenciosas, el Jesús orante.

El *capítulo quinto* es pues esencial, porque la oración, el trato de Jesús con su Padre, lo retrata por entero: el momento más diáfano de Cristo es el de su soledad con el Padre; y su soledad, no es meramente aquella que se define como condición de la oración de un hombre, sino que es la soledad peculiar del Hijo de Dios. Por eso, la primera manifestación que El mismo hace de sí mismo a su madre, se cifra en esta profunda frase: "¿No sabíais que es preciso que me ocupe de las cosas de mi Padre?" (Lc., 2,49).

El *capítulo sexto* añade el testimonio expreso de Jesucristo acerca de sí mismo. Este testimonio descansa sobre la conciencia que de sí mismo tenía, y se expresa en la original expresión de *Hijo del hombre*. La conciencia de la filiación divina es el apriori de toda su vida: Dios es, para El, *mi Padre*; para los demás, *vuestro Padre*¹⁷.

¹⁶ Cfr. J. A. JUNGMANN, *Catequética* (cfr. nota 3), pp. 313-322.

¹⁷ Conciencia de Cristo, y conciencia de su divinidad: aquí late un problema, aún actual, de la cristología. Galtier afirmaba hace unos años (Bull. de Litt. Eccl. (1941), pp. 220-221): "Certains actes psychologiques (du Christ) présentent une difficulté particulière. Ce sont les affirmations du Christ au sujet de sa divinité... Mais, comment psychologiquement, pareille affirmation, pareille pensée a-t-elle pu se faire jour dans une intelligence humaine et s'imposer à une conscience humaine? C'est ici, croyons-nous, la question la plus

El *capítulo séptimo* añade el testimonio del mismo Dios, la resurrección.

El *capítulo octavo* expone la obra de Jesús, la redención por la cruz. La buena nueva de la resurrección de Jesús es, al mismo tiempo, la buena nueva de su muerte redentora. La luz de Pascua cae sobre el Gólgota —notémoslo bien, porque esto es característico de todo mensaje kerigmático—, y esta luz pascual es la única que nos permite explicar el misterio de la cruz, escándalo para los judíos, y locura para los gentiles (I Cor., 1,23).

El *capítulo noveno* trata de la permanencia de Jesús en la Iglesia: es decir, de la permanencia de la verdadera imagen de Jesús a través de todas las herejías que han tratado de deformarla o minimizarla.

El conjunto de la obra de Karl Adam nos ofrece, pues, una *imagen viva* de Cristo (primera característica kerigmática), mirada desde el *punto de vista de su divinidad* (segunda característica), y alrededor de la cual se ordena, constituyendo un *todo orgánico* (tercera característica), toda la doctrina cristiana.

* * *

En realidad, dos son los puntos de vista posibles, cuando se contempla el misterio de Cristo, y Karl Adam ha tenido que elegir uno de ellos, para conservar la unidad orgánica de su obra. Y si ha escogido el *punto de vista divino* que, como decíamos, es el punto de vista kerigmático, lo ha hecho sabiendo que con ello renunciaba al otro punto de vista, el *humano*, que puede aportar algo a la imagen total de Cristo: por eso, en el prólogo de su *Jesucristo* nos dice que su obra "no es más que el resultado de una labor fragmentaria. La plenitud de Cristo es demasiado rica y exuberante para que una sola persona y un solo libro puedan tener siquiera la pretensión de agotarla"¹⁸.

Detengámonos un poco en estos dos puntos de vista posibles ante la plenitud de Cristo: el punto de vista humano, psicológico diríamos; y el punto de vista divino, meta-empírico.

Ambos puntos de vista, que se deben complementar mutuamente, si es que queremos acercarnos más a la imagen completa de Cristo, tal vez se puedan justificar en la siguiente manera: el punto de vista que llamamos humano,

difficile de la psychologie du Christ". Diez años después, el mismo Galtier, en un boletín bibliográfico de cristología, vuelve sobre el tema, en *La conscience humaine du Christ à propos de quelques publications récentes*, G., 32 (1951), pp. 252-568. Cfr. RSPT., 41 (1957), pp. 542-547; RT., 57 (1957), pp. 101-103. El último estudio sobre el tema fundamental, es el de J. TERNUS, *Das Seelen- und Bewusstseinsleben Jesu*, en *Das Konzil von Chalkedon* (III), Würzburg, 1954, pp. 81-237. Una orientación bibliográfica muy buena, desde el punto de vista que aquí nos interesa, que es el catequético, y un comentario interesante, nos lo ofrece la última obra de CH. MOELLER, *Mentalité moderne et Évangélization*, Edit., Lumen Vitae, Brujeles, 1957, pp. 105 ss. Sin embargo, los últimos estudios sobre Cristo no han relegado todavía a un lugar secundario los dos capítulos de Karl Adam que estamos comentando: *La vida interior de Cristo*, y *¿Qué nos ha dicho Jesús acerca de sí mismo?* (Cfr. J. TERNUS, c.c., p. 91, nota *vielbewunderte Kapitel über das Innenleben und über die Selbstaussagen des 16: "Vorbildlich ist dafür das Christus-Buch von K. Adam, vor allem dessen zwei HERN"*).

estaría condicionado por una concepción metafísica del *esse que en Cristo sería humano*; mientras el otro punto de vista, que llamábamos divino, supondría en El un *esse propiamente divino*¹⁹.

La primera concepción teme, respecto de la segunda, que se pierdan de vista aspectos eminentemente humanos de Cristo, como su entrega al Padre; mientras la segunda concepción desea divinizar lo más posible la humanidad de Cristo, se entiende, manteniendo siempre clara la diferencia entre naturaleza humana y divina.

La segunda concepción insiste en el dinamismo de la unión de naturalezas, dándonos una imagen soberana del Cristo histórico, iluminado de lleno por la luz sobrenatural de algo pre-histórico y eterno, que es lo divino; mientras la segunda concepción no parece poder llegar a tal altura, al centrarse en algo que parece puramente ético, y ponderar sobre todo la intervención de la voluntad humana en la entrega de Cristo al Padre.

Ambas concepciones, como decíamos, se pueden complementar: tal vez sea ésta la única manera de llegar a vislumbrar la plenitud del misterio de Cristo. Y tal sería el trabajo del lector, más que el del investigador, pues éste tiene que tomar necesariamente un punto de vista extremo.

* * *

Después de haber presentado la obra de Karl Adam, como un modelo de obra *kerigmática*, quisiéramos hablar de él mismo, como de un modelo de *mentalidad kerigmática*.

La mentalidad kerigmática ha sido caracterizada por las siguientes tres etapas: estudio científico de la verdad religiosa, *meditación* de la misma, y *comunicación* de la experiencia religiosa correspondiente²⁰.

El estudio es una condición *sine qua non* de la mentalidad kerigmática. Y es un estudio que no desprecia —como algún crítico estimó en los comienzos del movimiento kerigmático— la tradicional teología especulativa.

El mismo H. Rahner, al presentar su primer ensayo de sistematización de la teología kerigmática, en el prefacio de su *Teología de la Predicación*, dice que "en este, como en los demás ensayos de una teología kerigmática, no se trata de una oposición a la teología científica, ni de buscar un sustituto de la teología escolástica... Sería un contrasentido pretender plasmar el *pneuma* del entusiasmo kerigmático, sin el *Logos* de la teología escolástica"²¹.

Y en el curso de su sistematización, a propósito del punto que ahora nos interesa, dice expresamente que "las fórmulas conciliares sobre el misterio de Cristo, no son una teología escolástico-dogmática, extraña a la realidad y a la historia, sino que, por el contrario, constituyen el lenguaje —valedero hasta el fin

18 K. ADAM, *Jesucristo*, p. 9.

19 Cfr. Sch., 15 (1940), p. 298.

20 G. DE BRETAGNE, *Pastorale Catéchétique* (cfr. nota 7), p. 191.

21 H. RAHNER, *Teología de la predicación* (cfr. nota 8), p. 16.

de los tiempos— y la formulación numana de todo el misterio invisible e inagotable que el Unigénito del Padre ha traído a la tierra"²².

El entusiasmo, pues, de la kerigmática por la meditación y por la comunicación del mensaje, no excluyen de ninguna manera el convencimiento de la necesidad del estudio del mismo mensaje.

Pues bien, cuando la publicación de la primera edición del *Jesucristo* de Karl Adam, un crítico sintetizó la impresión que le causaba, a través de esa obra, la personalidad de su autor, por estas mismas tres características: *seriedad científica*, *exegético-dogmática*, en el uso de las fuentes dogmáticas; *piEDAD viril*, *reverencial*, ante la persona y el tema que estudia; *comunicación humana* con todo el hombre, inteligencia, sentimiento y sensibilidad, a quien logra interesar haciéndole sentir el tema como un valor total²³.

Por eso nosotros decimos ahora: la personalidad literaria de Karl Adam es un modelo de mentalidad kerigmática.

• • •

Hasta aquí lo que se nos ha ocurrido acerca de la obra y personalidad de Karl Adam, desde el punto de vista del movimiento kerigmático.

Desde el punto de vista pastoral o catequético —entendiendo por catequesis la transmisión, por resonancia vital, de un mensaje—, nos parece que el *Jesucristo* de Karl Adam es ideal: leyéndolo, el pastor de almas o catequista asimilará vitalmente el misterio de Cristo, y sabrá adaptarlo a cualquier género de oyente.

Habitualmente, cuando hablamos de adaptación pastoral, tratamos de llegar a cada uno de los grupos de gente que nos escucha. Pero la primera adaptación que debiéramos procurar es la adaptación del mensaje cristiano a nosotros mismos. Si supiéramos profundamente qué quiere decir ser cristiano; si, encargados de comunicar el mensaje de Cristo, lo hubiéramos meditado suficientemente, estaríamos, por ese solo hecho, preparados para presentar nuestra fe a cualquier mentalidad.

Nuestro trabajo de adaptación debe consistir en fijar primariamente las líneas de fuerza que constituyen la originalidad profunda de la revelación cristiana, y el dinamismo total de la historia de salvación que con ella se identifica²⁴.

El *Jesucristo* de Karl Adam nos puede ayudar mucho en este trabajo de *auto-adaptación*. Sus dos capítulos centrales, el de la *oración de Jesús* al Padre, y el del *testimonio de Jesús* ante los hombres, son de lo mejor que se ha escrito sobre el tema cristológico: ²⁵ nos introducen de lleno en el Kerigma de Cristo, que debe ser el objeto central de nuestro estudio y de nuestra meditación, para serlo de nuestra catequesis.

²² Ibid., p. 86.

²³ J. JANSSENS, *StZ.*, 124 (1933), p. 193.

²⁴ Cfr. P. A. LIÉGE, *Pour une catéchèse vraiment chrétienne* (cfr. nota 12), p. 271.

²⁵ Cfr. nota 17, al final.

No temamos poner este libro en manos de los demás, pensando que pudiera ser demasiado subido para el común de la gente. Es verdad, tendremos a menudo que enseñar a leer, porque la mayoría está acostumbrada a ver los títulos de los diarios y las figuras de las revistas ilustradas. Sobre todo, confiemos en la gracia, que va unida al mensaje cristiano, cuando éste se presenta en toda su pureza kerigmática: es propio del kerigma de Dios el ser una semilla, que nunca queda infructuosa.

Aconsejamos el leer como por anhelitos, como diría San Ignacio²⁶, y sin mayores pretensiones de entender todo lo que se lee. Santa Teresa aconsejaba la lectura de los libros espirituales, sin preocuparse mayormente de las frases que no se podían entender a la primera lectura: esta lectura humilde y reposada permite que la semilla de Dios se deposite, de modo que, a su tiempo, dé su fruto.

Siempre vale más no interrumpir la lectura, deteniéndose demasiado en frases aisladas, pues la continuidad tranquila de la lectura deja trabajar a la gracia. Es mejor volver a leer, al cabo de un tiempo, sea lo que, en una primera lectura, nos ha conmovido especialmente, sea lo que no nos ha impresionado de ninguna manera: es el método típico de San Ignacio en las repeticiones de las meditaciones²⁷, que nosotros aplicamos aquí, con todo derecho, a la repetición de las lecturas.

Estos consejos prácticos los damos, porque creemos que pueden ser necesarios: el Jesucristo de Karl Adam es demasiado bueno catequéticamente, como para permitir que se lo desperdicie —estando tan a nuestro alcance— por un vano temor de que sea demasiado subido para el común de la gente. Lo que hay que acomodar al lector es el modo de leer: una lectura, como la que hemos insinuado, humilde y reposada, está al alcance de cualquiera que tenga verdadero deseo de conocer a Cristo.

Si, en lugar de acomodar el modo de leer al lector, le acomodamos el contenido del mensaje de tal manera que le demos una sombra de Cristo, asequible sin esfuerzo pero incompleta, no vamos a convencer a nadie: el hombre de hoy busca a Cristo, no a su sombra.

²⁶ Ejercicios Espirituales, n. 258. Tercer modo de orar a compás.

²⁷ Ejercicios Espirituales, n. 62.

ACTITUD EXISTENCIAL Y NUEVO TESTAMENTO

POR DARÍO UBILLA. S. I. (San Miguel)

En el planteo contemporáneo de la problemática protestante, Rudolf Bultmann ocupa un sitio preciso. Quizá por el uso de categorías nuevas, quizá —y esto aun para quienes disienten de su confesión— por el aporte de una actitud bíblica fermental, cercana a la existencia: lo que llamaríamos una exégesis viva. Es también ésta la línea crítica del P. Marlé¹ en su análisis a la obra del teólogo alemán; una exposición desde adentro, hecha con simpatía y deslindes certeros, destacando las dimensiones positivas y los puntos discutibles en la ya antigua trayectoria de la Reforma, remozada ahora con un pensamiento filosófico al día.

Toma como punto de partida la conferencia de Bultmann, *Nuevo Testamento y Mitología*, con su sesgo de manifiesto, que comporta una novedad en la historia de la teología protestante alemana. Acerca del método usado, el Prof. de Lovaina subraya su intención: *introducir ... c'est-à-dire dégager les principes essentiels et les plus grandes lignes...*². ¿Previniendo tal vez ulteriores críticas? Porque no intenta un desarrollo exhaustivo de la teología ni siquiera una respuesta definitiva a los puntos graves que se destacan en la obra de Bultmann. Hay una búsqueda de interpretación objetiva y de índices demarcadores que señalen el tributo a determinadas actitudes mentales: o euforia racionalista o atavismos de la pura fe de los primeros tiempos separados. ¿Acaso no se ha proseguido un ritmo de oposiciones desde Lutero hasta Harnack y Roberston?

* * *

Es tarea del primer capítulo ubicar esta nueva y más plena corriente, conciliadora de las últimas búsquedas de la *teología liberal* —intensa en la crítica— con la *teología dialéctica* adherida a lo histórico y al llamado personal-decisivo propio de la Palabra Bíblica. Bultmann aparece ligado a Barth y su escuela en este renacimiento cuasi tradicional. Con todo, si reprocha a los liberales un análisis psicologista desexistencializado, recrimina a los dialécticos un sobrenaturalismo acrítico. Marlé señala como momento definidor de esta actitud, la conferencia habida en Eisenach. Allí declaró Bultmann que no se trataba de abandonar

¹ RENE MARLE, *Bultmann et l'interprétation du Nouveau Testament*, 205 pp. Théologie, Ed. Montaigne, Aubier 1956. Las citas de página, si no media otra indicación, se referirán a este libro, objeto del comentario.

² o. c. p. 8.